

leve á México, nuestra patria querida, al nivel de las más cultas y adelantadas naciones de la tierra!

México, 29 de Junio de 1901.

BERTA VERGARA.

TIFO.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

Qué diversidad de enfermedades puede acometer al hombre amargando ó cuando no acortando los días de su existencia! La meningitis, enfermedad cruel, destrózale el cerebro con dolores agudísimos y rápida hace sucumbir á multitud de pacientes; un aneurisma lo traslada de un solo paso al sepulcro; la viruela arrebatá á la hermosa juventud su belleza ó corta el hilo de sus días, y otras mil le atacan, no tan sólo física sino intelectual y moralmente; abaten su espíritu, deterioran su organismo y transforman por completo su carácter, sumergiéndole en un abismo de miserias, convirtiéndole en un sér languidecente y degenerado, incapaz no ya de contribuir á la felicidad de sus semejantes, sino aun de bastarse á sí mismo. Sí, la vida es una contienda en donde lucha el hombre con el hombre mismo, campeando ahí todas sus pasiones, todas sus tendencias, todos sus errores, y sin más armas que sus propias virtudes. Y ¿quién no ansía cantar victoria? ¿Nos confiaremos acaso en manos del destino, ó desconfiaremos de no encontrar el remedio?.....

La Moral proclama cuanto coopere al bienestar del hombre; la Higiene, hermana inseparable de la primera, tiende á pro-

porcionarle la mayor comodidad; la Fisiología le enseña el maravilloso mecanismo que jamás ser humano pudiera idear, y la Medicina compasiva acude á mitigar sus males prolongando su existencia. Hé ahí uno de los medios de practicar la virtud; por eso, cuán benéfico es que la mujer posea estos conocimientos ya que á ella se confía el porvenir de la humanidad.

Muy hermosas son la Astronomía, la Matemática; pero para la madre de familia es más bello formar un hogar dichoso, crear prole vigorosa, realizándose el bello ideal de los antiguos «alma sana en cuerpo sano.» Ved ahí por qué todo el mundo se estremece en oyendo que cerca existe un enfermo de viruela, tifo, rabia ú otra enfermedad contagiosa, y huye, ó cuando menos esquiva el lugar infecto. Eso es un acto de prudencia que obedece al instinto de conservación; con todo, la Higiene nos enseña que á semejanza de las semillas, los gérmenes patógenos fructifican ó se pierden según la naturaleza del terreno, y así como aquéllas, á pesar de su buena calidad no germinan en un terreno sin abono, así también los gérmenes patógenos, si atacan á organismos robustos y bien constituidos, no originan enfermedad alguna, porque en este caso hay medios suficientes de defensa. Por eso el mejor preservativo contra las enfermedades infecciosas es, añadir á una constitución vigorosa una alimentación nutritiva y la observancia de una higiene bien entendida; en resumen, un buen régimen de vida, lo cual nos libertará no sólo del cólera, de la viruela, sino aun de las enfermedades voluntarias, tales como la odiosa del alcoholismo, azote de la humanidad; pero hay casos supremos en que la Higiene es impotente, en que nuestras consideraciones son inútiles y en que sólo hay que buscar la salvación luchando, cuántas veces en vano, como sucede hoy, no ya contra la pulmonía, el sarampión, sino contra el desolador tifo que avanza cual ave negra esparciendo el terror por todas partes, haciendo resonar en la sociedad actual la pavorosa palabra del contagio, por lo cual el Consejo de Salubridad ha dictado acertadas disposiciones obligando á los

propietarios á la desinfección de las casas antes de alquilarlas.

Eso nos obliga á hacer aunque sea ligeras consideraciones, acerca de esta enfermedad: el tifo. Atribúyesele un origen microbiano, veneno-morbo, que introducido en el organismo genera la afección; pero los adelantos de la ciencia no han bastado á descubrir semejante micro-organismo patógeno, siendo tan escaso el conocimiento de su etiología, que no ha sido posible encontrar medios eficaces para combatirle y evitar que de endémico se convierta en epidémico.

El tifo, que el vulgo confunde con la fiebre tifoidea y otras afecciones febriles, se estudia como una enfermedad contagiosa producida por el aire confinado, por la descomposición de materias orgánicas, la acumulación de objetos y personas, la miseria, las privaciones, las vigiliias, las fatigas y los sufrimientos físicos y morales; sin embargo, autoridades respetables en la materia aseguran que en México no influyen directamente la aglomeración, el desaseo y la pobreza como en Europa; creen además que no es de todo punto contagioso fundándose en una infinidad de observaciones; por otra parte, la Estadística comprueba que es más frecuente en el hombre, cosa que corrobora la opinion anterior, pues por ser la mujer la que más contacto tiene con el enfermo sería la más directamente contagiada. No debemos olvidar lo ocurrido en la cárcel de Belem el año de 1892, en que el número de tifosos ascendió á 229, lo cual se debe á las malas condiciones higiénicas puesto que en el mismo salón donde dormían se encontraban los excusados, desapareciendo la enfermedad con la eliminación de semejantes focos de infección, circunscribiéndose exclusivamente al departamento de encausados sin pasar á los empleados ni á los otros departamentos.

Procede también el tifo de insolación ó enfriamiento y de las bajas exageradas de temperatura, desarrollándose principalmente en invierno; pero sobre todo, la causa determinante é inmediata es la proximidad de los excusados y albañales así como todo lo que constituye una mala higiene.

El tifo en México no es idéntico al de Europa; por regla general no se inicia de una manera brusca sino con malestar, cansancio, inapetencia, desvanecimientos, etc., durante 3 ó 4 días antes de que la calentura aparezca, la cual puede existir desde un principio; pero todos estos síntomas tan poco sensibles, que permiten al paciente continuar en sus ocupaciones; al 7° los síntomas se acentúan y aparece la erupción tífica que cuando la enfermedad es grave invade el vientre, el pecho, el dorso, los brazos y muslos. Las manchas por lo regular son pequeñas, de un color rosado, y desaparecen con la presión; otras forman relieve y tienen forma lenticular, hay petequias que comprimidas no desaparecen; por último, algunas se asemejan á moretones de formas variadas. Acompañan al tifo, sin que nunca dejen de presentarse, los zumbidos de oídos y la sordera, tan tenaz, que persiste durante la convalecencia y aun después. Resultado de las lesiones meningo-cerebrales son el dolor de cabeza, el delirio y los fenómenos óculo-pupilares. La cefalalgia, que comunmente se presenta en todas las enfermedades febriles, es uno de los primeros síntomas en el tifo; pero intensísimo, agudo y lancinante, localizado en la frente, las sienes y á veces en la parte posterior de la cabeza. Respecto del delirio, desde el principio la inteligencia del enfermo se entorpece, acaba por extraviarse hasta el punto de que el enfermo, presa de alucinaciones, vive temporalmente en un mundo donde sólo él oye, ve y siente, manifestando indiferentismo, delirio y estupor. Cuando el tifo es ligero, con motivo de los trastornos cerebrales los músculos de la membrana del iris se hacen flácidos, la pupila se dilata, hay fotofobia; pero si es grave, á la dilatación sigue el estrechamiento de la pupila, y si á este síntoma se reúne equimosis subconjuntival, sobresalto en los tendones y un extravagante delirio, debe esperarse un término funesto.

Sobrevienen al enfermo epistaxis, á veces tan abundantes que ponen en peligro su vida.

Se observan en el tifo fenómenos gastro-intestinales, que consisten en el abultamiento del vientre y la distensión de los

intestinos á consecuencia de los gases que ahí se acumulan, dando lugar á un dolor intenso y á un ruido especial en las fosas ilíacas por la presión alternativa de las manos sobre la pared correspondiente; este ruido es frecuente aunque no constante; la constipación corresponde al 1° y parte del 2° septenario, en el resto del cual se transforma en diarrea.

Entre los diversos accidentes que comprometen la vida del paciente se encuentra la retención ó remisión de la orina.

El carácter especial de la calentura al principio es la intermitencia, bajando por las mañanas y exacerbándose por las tardes, lo cual da lugar á que se la confunda con la calentura intermitente de la cual puede distinguirse cuando aparecen los demás síntomas, y ésta se hace continua, principalmente en el período de la erupción, en que el termómetro marca 40°. Llegada la enfermedad á su máximo, que generalmente es á los 14 ó 21 días, la calentura comienza á descender de la misma manera que comenzó, hasta llegar á la normal, ó llega á este estado por un paso rápido. Como vemos, el tifo presenta variados y complicadísimos síntomas, pudiendo lesionar el encéfalo, el corazón, ó los pulmones, el estómago, los intestinos y congestionar el hígado y el bazo. Atribuyéndosele, como dijimos ya, un origen patógeno con los agravantes mencionados, constituyen el tratamiento, la higiene en primer lugar, el uso de desinfectantes y el aislamiento del enfermo, combatiendo cada síntoma por su tratamiento especial.

A propósito, os referiré algunos casos prácticos que la casualidad me ha proporcionado. Cansada de las fatigas y preocupaciones de la Capital, donde la epidemia del tifo progresaba rápidamente, y el acaso á cada instante me conducía á la asistencia de una multitud de enfermos, á quienes con gusto prodigaba mis cuidados, tanto más, cuanto que me había dedicado al estudio de la Medicina Doméstica, y aunque no temía el contagio, pues tenía á mi disposición medios suficientes de defensa, debo decirlo, deseaba ya ese sueño tranquilo, ese aire purísimo que sólo en el campo se disfruta; ahí probablemente no olería á tifo. Por tanto, había resuelto pa-

sar unos días con una buena familia, que residía en una hacienda inmediata.

Hacía dos horas que caminaba, admirando una infinidad de paisajes, panoramas bellísimos dorados por los últimos rayos del sol poniente. Era una de esas tardes de Febrero, que primero lindísimas muestran un cielo encantador, con sol resplandeciente que lleva la alegría á los hogares y convida á los pajarillos á entonar sus cantos; pero luego tristísimas azota furioso vendaval, que inclina á la vegetación antes erguida; en que el cielo se cubre de nubes grises que rasgándose amenazan caer, y al polvo que intercepta el paso mézclase lluvia finísima que hiere. Por fin la tarde avanza, la noche tiende sobre mí su negro manto, cesa la lluvia y entre girones de blancas nubes asómanse brillantísimos luceros. ¡Bendita calma que permitía al espíritu extender sus horizontes! Sólo el chasquido de las hojas secas y el canto de los grillos de vez en cuando interrumpían el silencio. En medio de esa soledad caminaba lentamente meditando sobre esa multitud de accidentes que acongojan á la humanidad; no hacía mucho que había estado á la cabecera de un enfermo gravemente atacado por el tifo y á quien desgraciadamente cerré los ojos; sin embargo, mi inclinación por la medicina era muy grande y en mi mente tenía grabada esa enfermedad con todos sus detalles: causas, síntomas, método curativo que tan acertadamente el médico le había aplicado; pero cuyo éxito fué imposible por haber complicado, el tifo, á una grave pulmonía.

Al fin llegué al lugar tan deseado, allí donde iba á encontrar el reposo; pero, ¡oh sorpresa! la hacienda toda se hallaba en movimiento, nadie dormía, todos parecían agitados por mortal angustia. Apresuréme á penetrar por uno de los aposentos, y en efecto, era el padre de aquella tierna familia el que estaba gravemente enfermo; la epidemia del tifo no había respetado ni aun ese lugar de calma y comodidades. Era un hombre de unos 45 años, lleno de vida, de constitución vigorosa, de un régimen de vida ejemplar, de carácter afable, muy activo y siempre disfrutando de las mayores comodida-

des y por consiguiente de buenas condiciones higiénicas. El grupo adolescente, casi niño, al verme corrió á estrecharme entre sus brazos llorando amargamente y llamándome compañera de sus desdichas. Entonces me propuse desplegar toda mi actividad para lo cual supliqué al médico de cabecera me refiriera lo ocurrido.

—Hace 11 días, me dijo, fuí llamado con urgencia, por lo que me trasladé á este sitio inmediatamente; supe que á consecuencia de un enfriamiento había comenzado el enfermo con malestar, calosfrío, cefalalgia, ligerísima calentura, desvanecimientos; pero esos síntomas, poco sensibles, no le impidieron salir al campo á dirigir sus faenas acostumbradas; al 6º día la cefalalgia frontal y de las sienas era insoportable, tenía fotofobia y sequedad en la boca, y en ese día yo llegué; al siguiente día, que fué el 7º, no había duda, los síntomas se habían acentuado: la calentura medía 39º2; el pulso violentísimo y la respiración acelerada; tenía la conjuntiva inyectada, la inteligencia torpe, dificultad para oírme y seguía la fotofobia; apareció la erupción tífica en los brazos, muslos, pecho, en la forma lenticular y color obscuro; en algunos puntos había manchas equimóticas.

Procuré, desde luego, la antisepsia de la boca por una solución bórica, y la del recto por soluciones de permanganato de potasa. Respecto del aseo de la casa, la cama y ropa del enfermo no ha dejado que desear; sin embargo, para evitar el contagio, además de las fumigaciones sulfurosas, he hecho uso del agua fenicada y procedido á la desinfección de las evacuaciones, y he cuidado del aislamiento del enfermo. Como único alimento he ordenado se le dé leche ó consumé cada cuatro horas.

Al sexto día de estarlo medicinando tuvo vómitos frecuentes y comenzó la adinamia á manifestarse, por lo cual le dí una poción tónica de vino de quina, cafeína y jarabe; tenía el pulso sumamente acelerado, lo mismo que la respiración; el delirio, aunque tranquilo, no le abandonaba; la debilidad ha progresado y la temperatura ha subido á 40º.

Eso es lo que el médico me refirió, y la noche en que llegué fué preciso velarlo. El termómetro seguía marcando 40°, y la adinamia era tal que estaba completamente postrado, tenía sudores abundantes, las extremidades frías, el semblante cianoso, la lengua seca y fuliginosidades en los dientes. En ese estado comatoso aplicó inyecciones de cafeína, estricnina y aceite alcanforado, con lo cual algo pudo reanimarse; pero al siguiente día la constipación, que desde el principio había tenido, se cambió por una fuerte diarrea, cayendo el enfermo en un estado soporoso, con sobresalto en los tendones, estrecha la pupila; y la muerte triunfó, dejando á aquel hogar sumergido en la más profunda tristeza,

Cuando hubieron pasado los primeros accesos de dolor, con el fin de satisfacer mi espíritu de investigación, dióme el médico cuantos datos pudo acerca del tifo, por lo cual aprendí la aplicación que en él tienen los baños tibios á la temperatura de 30° á 35°, cuyos efectos son el abatimiento de la temperatura, calmar la excitación nerviosa y por lo tanto el delirio, producir sueño y facilitar las evacuaciones; pero lo que más me recomendó, es un aseo esmerado en la habitación, la cama y la ropa del enfermo.

Semejante suceso me impresionó profundamente, y al mismo tiempo pude apreciar una vez más la utilidad en el hogar del conocimiento de la Medicina Doméstica; la lección que acababa de recibir me hizo reflexionar en adelante con más juicio, y de nuevo me puse en camino; aunque esta vez más resuelta, pues había aprendido cuán indispensable es el carácter al hombre en todas las situaciones de la vida, y á cuántos chascos se exponen los espíritus pusilánimes.

Llegué á la Capital: pasaba por una de tantas calles donde afluye en tropel la clase menesterosa, ahí donde la atmósfera viciada nos sofoca, donde innumerables casas de vecindad se agolpan, por donde la miseria con todos sus males se manifiesta. Allí abríase un callejón obscuro, atravesado por un caño inmundos, depósito de toda clase de desechos, frente al cual, hacia uno y otro lado, había una multitud de puertas

separadas unas de otras por cortísimas distancias. Eran viviendas muy reducidas, sin más medio de ventilación que la puerta de entrada; los techos dándose con la cabeza de los moradores; las carcomidas paredes tapizadas por espesísimas telas de araña, que anunciaban el más repugnante desaseo, y en el suelo húmedo se acumulaban escombros, único patrimonio de aquella pobre gente. No fué eso lo que llamó mi atención, sino el llanto doloroso de un niño que se dejó oír por una de las puertas entreabiertas: me asomo, veo un par de lindos angelitos que revoloteaban no en torno de la dicha, en un cielo azul circundado de blanquísimas nubes, sino, ¡pobrecitos!, acosados por el hambre, rodeaban un desvencijado banco, sobre el cual había restos de comida que comenzaba á fermentar y cuyos gases enriquecían de venenos aquella atmósfera viciada, no nada más con los productos de la combustión, sino aun con los de las materias fecales que ahí había; pues se conocía que esos inocentes durante uno ó dos días estaban del todo abandonados. Al entrar en aquella mísera morada sólo á ellos distinguí; pero luego ví á una pobre mujer acostada en el suelo; parecía postrada: era joven, y su semblante revelaba dolor acerbo. Intereséme vivamente, haciéndole mil preguntas; tuvo dificultad en oírme; mas al fin me dijo que hacía cinco días padecía calenturas intermitentes, y lo que más le molestaba era un dolor agudo en las sienes y en la frente. Me refirió también que hacía tres días la odiosa epidemia del tifo le había arrebatado á su único amigo, el padre de los niños, en cuya enfermedad había agotado su vigor, sin dejar de trabajar ni un día, ni entregarse al sueño durante la enfermedad, que fué de 21 días.

La enferma comenzaba á no darse cuenta de su estado, quejándose de agudísima cefalalgia; tenía inyectados los ojos, epistaxis, constipación que después se convirtió en diarrea; tenía también delirio, insomnio, inteligencia torpe, la erupción característica en todo el cuerpo, calentura al principio de tipo intermitente y luego se hizo continua. Eran éstos sin duda los síntomas característicos del tifo. Así pues, tomé

todas las precauciones posibles, separando á los niños, dejando la pieza libre de todo estorbo y aseándola con esmero. A esto añadí el uso de los tónicos, combatí cada síntoma por su tratamiento especial, empleando, por ejemplo, la quinina para combatir la calentura; para calmar la excitación nerviosa usé la valeriana, no sólo al interior, sino además en fricciones; para la constipación, lavativas antisépticas; para la diarrea le dí bismuto; la epistaxis fué tan rebelde que tuve que recurrir á los hemostáticos y cocimientos astringentes, como la crameria, el tanino, etc. Por último, la calentura, la excitación nerviosa disminuyeron, aun más con el uso de los baños tibios, obteniendo por este medio el sueño hasta entonces interrumpido por frecuentes pesadillas. El único síntoma persistente, aun después de la convalecencia, fué la sordera.

La paciente, en sus alucinaciones, creía ver á la muerte con alevosa guadaña arrebatarla de los hijos de su alma, y entablaba grata conversación con el compañero de sus días ausente ya. En el semblante de esa mujer, desfigurado por el dolor, leíase la bondad de sus aspiraciones, brillaba la inteligencia; en suma, traslucía una alma de elevadísimos sentimientos; en sus conferencias con Dios, en medio de su delirio, sólo le pedía que hiciera de sus hijos seres benefactores á la humanidad, ya que ella había visto naufragar sus nobles aspiraciones. Cuando entró en la convalecencia supo que una persona, en cumplimiento de una promesa, se encargaría de fomentar la educación de sus hijos, y á ella le proporcionaría el trabajo indispensable á la subsistencia.

A cuántas desgracias, á cuántas desventuras y trastornos conduce la enfermedad que venimos bosquejando; cuán despiadada invade desde la humilde boardilla hasta el alcázar solariego, llenándolos de espanto! Esto no obstante, los adelantos de la Medicina no han bastado á quitar á esa enfermedad el carácter de problema y á encontrar la verdadera solución.

Cuántos descubrimientos, cuántos progresos no ha hecho el

hombre en la Física, la Mecánica, la Historia Natural; pero en algunos casos la inteligencia humana se pierde, se anonda en el estudio del hombre mismo, porque le es más dable observar lo que le rodea. Cuánto no ganara cada cual con el conocimiento de sí mismo, y cuánto no avanzara el progreso humano con el conocimiento de que es su propio instrumento, por eso el psicólogo se interna en el campo de sus investigaciones, para arrancar al espíritu las leyes que lo rigen, y el médico, amante de la ciencia, sacrifica si es posible su vida, por desatar ese enmarañado organismo, por descubrir los secretos de esa máquina complicadísima, dando al mundo la salvación; y la humanidad, que vive más de sentimiento que de inteligencia, ante el dolor se amedrenta, la tumba le horroriza, la pérdida de un sér querido le sería más infausto que su propia muerte; y entonces, ávida de consuelo, acude al médico; él es el único que puede darle el bálsamo de la vida.

México, 29 de Junio de 1901.

MARÍA SOLÍS.